

Galería de escritores imaginarios

Jesús Marchamalo García

En 1926, la editorial Claridad publicó en Argentina un curioso libro de poemas, *Versos de una...*, firmado por Clara Beter, una prostituta porteña dotada de un excepcional talento poético. El libro gozó casi desde el primer momento de un inesperado éxito; agotó una edición tras otra y circularon leyendas sobre fabulosas cifras de ventas, que alcanzaron decenas de miles de ejemplares. En los periódicos, no sólo en los argentinos sino también en los de Montevideo y Lima, se publicaron multitud de reseñas y críticas elogiosas, y la popularidad del libro, y por ende de la autora, creció como la espuma.

Sin embargo, Clara Beter no aparecía. Ignoraba las ofertas de entrevistas que llegaban a la editorial desde todos los rincones del país, y ni siquiera los periodistas enviados a la pensión de la calle Estanislao Zeballos, en Rosario, donde supuestamente se hospedaba, consiguieron dar con ella. Se contó que se había refugiado del éxito en Buenos Aires y durante un tiempo se pensó que la escurridiza autora pretendía preservar su intimidad. Todo se complicó definitivamente cuando diversos colectivos sociales iniciaron una campaña para salvar a la escritora del mundo de marginación en el que supuestamente se movía. Cuando semanas más tarde el poeta Carlos Serfaty presentó *Versos de una...* al premio municipal de ese año con el nombre de César Tiempo se hicieron públicas las sospechas que recorrían los mentideros literarios: Clara Beter no existía.

César Tiempo, pseudónimo a su vez de un jovencísimo Israel Zeitlin (tenía entonces veinte años), se vio obligado a reconocerse autor del libro: «El prostituto era yo», afirmó en medio de un escándalo considerable, tras defender que se había tratado de un simple juego literario. Los críticos quedaron sorprendidos al conocer la autoría del libro y hubo quien, como Elías Castelnuovo, que lo había prologado, publicó un airado artículo en el que aseguraba haberse sentido estafado.

El libro, tras el descubrimiento del engaño, fue cayendo en el olvido, y durante años fue imposible encontrarlo ni siquiera en bibliotecas públicas. En 1977 la editorial Rescate de Buenos Aires hizo una reedición convertida de inmediato en curiosidad de iniciados.

El caso de Clara Beter, con ser uno de los más interesantes, dada la repercusión que tuvo y la personalidad del autor, no es ni mucho menos excepcional. A lo largo de la historia de la literatura han sido frecuentes los juegos e imposturas tras los que un buen número de escritores han pretendido ir más allá de la ficción literaria; desde los catálogos de libros inexistentes –hubo uno, el Fortsas, publicado en 1840 con una descripción de cincuenta y dos libros inventados–; hasta supuestas traducciones – Próspero Merimée atribuyó sus primeros dramas a una autora española, Clara Gazul, a la que afirmó haber traducido–; o las biografías de personajes imaginarios, como el Josep Torres Campalans, de Max Aub, un pintor apócrifo exiliado y amigo, entre otros, de Picasso.

María Ecín

Volviendo a los pseudónimos, encontramos multitud de autores que en un momento u otro de su vida han utilizado un nombre ficticio para publicar su obra. Julio Cortázar firmó un poemario como Julio Denis; Antonio Machado atribuyó ciertos poemas propios a Abel Martín; Ramón Gómez de la Serna firmó su libro *Tapices* como Tristán... En muchos casos la elección del pseudónimo responde a un mero capricho del autor, que intenta encontrar un nombre más apetecido que el propio, al que acaba eclipsando. Pablo Neruda, por ejemplo, a quien cuesta reconocer tras su verdadero nombre, Eliécer Nefatí Reyes; Azorín, pseudónimo de José Martínez Ruiz, que figuraba en la guía de teléfonos, e incluso en el buzón de su casa, o León Felipe, que abandonó su verdadera identidad, Felipe Camino, con los primeros versos.

En otros casos, se utiliza un nombre inventado para esconder, por diversos motivos, la personalidad del autor. La escritora Mercedes Salisachs firmó con pseudónimo sus dos primeros libros; su familia era muy conocida en Cataluña, y le molestaba la idea de que se pudiera juzgar su obra por su apellido. Su primer libro, *Foehn*, editado en 1948, lo firmó como A. Dan, y *Primera mañana, última mañana*, como María Ecín. «Decidí deformar uno de mis apellidos, Deassin, y de ahí surgió el supuesto nombre de la autora», recuerda ahora la escritora. «El libro tuvo muy buenas críticas y recibí ofertas de algunas editoriales. A partir de ahí me decidí a firmar con mi nombre, y de hecho en la segunda edición apareció ya Mercedes Salisachs en cubierta».

Ocurre en ocasiones que en la elección del pseudónimo, el autor acostumbra a dejar claves y pistas que permiten rastrear su identidad, al menos en

un círculo de conocidos. En algunos casos aparece en el libro no como autor, pero sí como traductor o compilador; en otros se utilizan segundos nombres o apellidos maternos, o se modifican los propios para hacerlos irreconocibles.

En la España de los años cuarenta se vivió un curioso fenómeno que obligó a extranjerizar sus nombres a muchos autores de novelas románticas o de aventuras; los productos que venían del mercado americano tenían una mayor aceptación entre los lectores, y los editores preferían nombres que sonaran remotamente exóticos. Así, Agustín Elías firmaba como Elias Austin; Pedro Debrigorde como Peter Debry, y Eduardo Guzmán, un escritor y periodista condenado a muerte por su filiación republicana, disfrutó de un cómodo anonimato tras el seudónimo Edward Goodman. Idéntico anonimato, aunque por diferente motivo, buscaron en su momento reconocidas escritoras, obligadas a ocultar su identidad tras nombres masculinos –Fernán Caballero, George Sand–, en un momento en que la literatura femenina no gozaba de la debida reputación.

Gregorio Martínez Sierra

Sin duda no fue este el motivo de María Lejárraga, a quien se le atribuye la autoría de una gran parte de la obra publicada por su marido, el dramaturgo y novelista Gregorio Martínez Sierra, fundador junto con Juan Ramón Jiménez y Ramón Pérez de Ayala de las revistas *Helios* y *Renacimiento*, y más tarde director de la editorial del mismo nombre.

Nacida en San Millán de la Cogolla el 28 de diciembre de 1874, Lejárraga se trasladó a Madrid con su familia en los primeros años 80. Disfrutó de una educación liberal en un contexto familiar culturalmente estimulante, de modo que cuando en 1897 Gregorio Martínez Sierra y ella se hicieron amigos, María, unos años mayor, era ya profesora de francés, y hablaba también italiano e inglés. Enseguida iniciaron una fructífera colaboración literaria, y poco más tarde, para sorpresa de familiares y amigos, contrajeron matrimonio. Entre sus obras más conocidas cabe citar *Tú eres la paz* y *Canción de cuna*, historia llevada al cine por José Luis Garci. Nunca se ha sabido a ciencia cierta qué alcance tuvo la colaboración entre María y Gregorio, aunque diversos estudiosos afirman que las obras estaban prácticamente todas escritas por María Lejárraga, si bien su marido intervenía en la trama o planificación de las mismas. Margarita Lejárraga, sobrina de la escritora, con la que convivió unos años en Francia durante la guerra civil, dice: «Existe una declaración firmada en 1930 en la que Martínez Sierra

reconoce ante testigos la coautoría de María Lejárraga en toda su producción literaria. Y también son muy ilustrativas en este sentido las más de 150 cartas que dirige a su mujer, desde distintos lugares donde estaba con la compañía de teatro, en las que le solicita el envío urgente de artículos, textos para conferencias o actos y añadidos que faltaban a las obras que estaba ensayando».

La colaboración entre María Lejárraga y Gregorio Martínez Sierra no se interrumpiría ni siquiera con la separación del matrimonio, cuando Gregorio conoció a la actriz cubana Catalina Bárcena, con quien trabajó intensamente en el montaje de sus obras y con la que acabaría casándose. Todo parece indicar que Martínez Sierra terminó por dedicarse casi en exclusiva a la dirección teatral, con frecuentes giras y viajes, y que dejó en manos de María Lejárraga la redacción de sus obras. De hecho, cuando se separaron definitivamente tras la guerra civil, él no volvió a escribir, mientras que María Lejárraga publicó cinco obras que firmó como María Martínez Sierra.

El porqué incluso desaparecido su marido –Martínez Sierra, tras vivir exiliado en Buenos Aires, regresó a Madrid en septiembre de 1941, donde murió de cáncer un mes más tarde– siguió negándose a firmar con su nombre es algo que se desconoce. Mujer independiente, liberal, feminista, que llegó a ser diputada socialista en las Cortes republicanas y agregada comercial en Suiza, se mantuvo siempre fiel a su acuerdo con Gregorio. El caso Lejárraga es difícil de catalogar. Es evidente que no se trata de un pseudónimo sino de una suerte de figura literaria inexistente con nombre real: Gregorio Martínez Sierra, al menos en su faceta como escritor, es un personaje suma de su propio trabajo y del de su mujer María.

Nicolás Wilcox

En otras ocasiones el juego literario llega aún más lejos. No sólo se inventa un nombre que oculta el propio sino que se crea una personalidad completa y creíble a la que se acompaña de todo tipo de datos biográficos. Uno de los casos más espectaculares de heterónimos es el del poeta Fernando Pessoa, quien ideó una larga serie de personalidades diferentes, seres imaginarios con caracteres y estilo propios, a quienes atribuyó la mayor parte de su obra: Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Ricardo Reis, Bernardo Soares, Antonio Mora...

En España también tenemos algún ejemplo. En 1998, la editorial Planeta publicó el libro *La lápida templaria*, firmado por Nicolás Wilcox. En la

sobrecubierta aparece una foto del autor: un joven barbudo de aspecto afa-ble y bonachón, graduado en Historia por la Universidad de Oxford, viajero infatigable, reportero, productor de la BBC y miembro de la Royal Ornithological Society. Tras la edición de esta primera entrega, han salido al mercado otros tres títulos bajo el nombre común de *Trilogía Templaria*. Tras Nicolás Wilcox, un nombre supuesto, se esconde el escritor Juan Eslava Galán quien, por cierto, aparece en el libro como traductor: «Soy muy variado como lector, y entre mis lecturas favoritas siempre han figurado algunos “best-sellers”. Cuando se me ocurrió escribir uno, temí que mis lectores se sintieran decepcionados porque mi estilo literario es muy diferente. De modo que se me ocurrió inventar un alter-ego». En este caso, asistimos a un juego en el que el autor pierde su condición de tal, para convertirse en un personaje más de la trama novelesca. Así, es necesario dotarle de la debida entidad, una biografía y un estilo definido para hacerlo verosímil. «El proceso de construcción –continúa Eslava– fue también muy literario, ya que se trataba de inventarle una vida atractiva. Wilcox es casi un aventurero, un periodista viajero y viudo que vive solo en un molino rehabilitado en el sur de Gales. Para la foto que figura en la solapa elegí a un amigo que tiene cara de inglés, y que alguna vez ha sido reconocido por algún lector a quien ha tenido que ofrecer todo tipo de explicaciones y excusas».

La mayor parte de las veces, el juego acaba ahí, en la experiencia meramente literaria. Pero hay ocasiones en que el mundo de los escritores imaginarios se infiltra en el mundo real provocando un verdadero cataclismo.

Claudio Bastida

El día 30 de octubre de 1979 se fallaba en Madrid la primera edición del Premio Heliodoro de novela, con un resultado polémico. Ganó la novela *Constitución sobre la tierra* de Claudio Bastida. Los organizadores, entre los que se encontraba Antonio Fernández, propietario de la editorial Heliodoro, únicamente pudieron aportar un breve *curriculum* del autor, y a los periodistas se les negó su número de teléfono. En medio de una bronca monumental, representantes de la Asociación Colegial de Escritores amenazaron con impugnar el fallo de un certamen repleto de irregularidades: nunca se hizo público quiénes formaban parte del jurado, en ningún momento se depositó el dinero del premio, no se difundió el nombre del anónimo mecenas que aportaba los diez millones –el Planeta de ese año estaba dotado con ocho– y, lo que es más llamativo, en las semanas y meses posteriores nadie consiguió ver al premiado.

A pesar de la polémica, *Constitución sobre la tierra* se publicó en enero de 1980 y en la cubierta del libro aparecía una foto que supuestamente correspondía al autor de la novela. Desde el primer momento se sospechó que Claudio Bastida no era sino una invención, un nombre bajo el que se ocultaban un par de escritores que lo utilizaban como heterónimo colectivo. La firma Claudio Bastida había aparecido ocasionalmente en las revistas *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans*, *Camp de l'arpa*, *Arbor*... Y en 1978 un libro suyo, *Descripción de Grecia*, había resultado finalista del Premio Adonais de poesía. En 1996 apareció un libro de Luis Jiménez Martos, *Mis memorias de Adonais*, en el que confesaba sus dudas respecto a la existencia del escritor, y deslizaba dos nombres, Manuel García Viñó, que mostró sumo interés en que el libro de Bastida se publicara, y el escritor zaragozano Antonio Fernández Molina, a quien se le ordenó hacer llegar las pruebas de imprenta.

Ya años antes, se había otorgado el Adonais a Juana García Noreña, una desconocida poetisa tras la que, según algunos, se escondía José García Nieto, cuyas iniciales, como se ve, coinciden. En todo caso, y volviendo a Bastida, cuando años más tarde se publicó la *Cuarta Antología de Adonais*, figuraba otra foto suya en la que se aprecia un cierto parecido con la publicada en su día en *Constitución sobre la tierra*. A quien pueda corresponder realmente la foto o si García Viñó y Fernández Molina estuvieron realmente detrás de Bastida es algo que no se ha llegado a saber.

En medio de todo el revuelo que ocasionó la concesión del Premio Heliodoro, únicamente se alzó una voz defendiendo la existencia de Claudio Bastida. Desde las páginas del diario *Pueblo*, Sabino Ordás, un escritor y profesor leonés, afirmaba haberlo conocido en París, en un encuentro fortuito junto a Antonio Fernández Molina, y gozar de su amistad: «Que Claudio Bastida no es un apócrifo está muy claro», afirmaba en el artículo, publicado el 3 de noviembre de 1979. «Claudio Bastida es tan apócrifo como yo».

Sabino Ordás

A finales de los setenta apareció en el suplemento cultural de *Pueblo* una serie de artículos firmados por un entonces desconocido Sabino Ordás: un ensayista y estudioso exiliado tras la guerra primero en México y más tarde en Estados Unidos, donde se dedicó a la docencia en diversas universidades. Amigo, entre otros, de Alejo Carpentier, Ricardo Gullón, José Berga-

mín y Max Aub, tras jubilarse como profesor había regresado a su pueblo natal, Ardón, en León, donde comenzó una intensa labor. Los artículos de Ordás fueron recopilados posteriormente en un libro: *Las cenizas del Fénix*, reeditado hace unos meses por la editorial Calambur, en el que figuraban como editores tres jóvenes escritores leoneses de la generación de la postguerra, hoy sobradamente conocidos, Juan Pedro Aparicio, José María Merino y Luis Mateo Díez. Este último habla del nacimiento de Sabino Ordás. «Al comienzo nadie sabía que Ordás era una invención. El albacea secreto fue Dámaso Santos, que entonces dirigía el cultural del diario *Pueblo*. Después también anduvieron en la verdad de la historia Ricardo Gullón y Manuel Andújar. Luego ocurrió que en León empezó a ir gente a Ardón, el pueblo donde supuestamente vivía, a visitarlo, y el asunto se nos fue yendo un poco de las manos. En todo caso, la creación de un heterónimo es casi el límite al que puede enfrentarse un escritor: idear un personaje de ficción, que puede colocarse en la vida real».

Luis Mateo recuerda un momento crítico, en los años ochenta, cuando Sabino Ordás confirmó su asistencia a un acto en la Casa de León, en Madrid, en el que también intervenían Merino y Aparicio. Como Ordás no llegaba, el acto debió comenzar sin él aunque, de tiempo en tiempo, llamaba por teléfono disculpando su retraso, que atribuía al mal tiempo y a los problemas en la carretera. Finalmente, envió un telegrama en el que explicaba su definitiva ausencia: «La nieve no me deja moverme», concluía. «Más tarde –continúa Mateo– hubo una reunión en León de escritores y artistas organizada por un periódico, a la que, naturalmente, estaba invitado Sabino Ordás, y esa vez acudió. Un cuñado de Merino, que es médico, y que se llama Andrés Viñuela, se prestó a ser la imagen carnal de Sabino. Habló poco pero estuvo encantador. Y el comentario los días siguientes fue “qué bien se conserva, qué lúcido está Sabino”».

Cuando la profesora Asunción Castro Díez ultimaba la edición de su libro *Sabino Ordás, una poética*, editado en noviembre de 2001 por la Diputación de León dentro de la colección Breviarios de la Calle del Pez, solicitó al viejo profesor un epílogo. En el mismo, Ordás se lamentaba, aun justificándolos, del mínimo tiempo que aquellos tres jóvenes escritores de los setenta, hoy ya consagrados, le dispensan en la actualidad, acuciados por otros trabajos e intereses. Y tras elogiar el libro y a la autora, terminaba con una inquietante propuesta. Se preguntaba si alguien, en realidad, podía estar completamente seguro de que el heterónimo fuera él, y no Mateo, Aparicio y Merino, meras invenciones de su magín creativo porque, afirmaba, metidos en la harina de la fabulación, la mayoría de los mundos son posibles.



María Félix